

2000 ANATOMÍA DE LA ALEGRÍA

¿Quién es feliz? Todos somos unos buscadores infatigables de felicidad en la vida; es un deseo que, a partir de recetas rápidas y libros de auto-ayuda que prometen la felicidad y explican cómo perder peso excesivo o ganar millones a mansalva, nos parece estar a nuestro alcance; pero nos rehuye. Cuanto más se persigue, más esquiva se vuelve y más la fijamos como nuestro objetivo. La satisfacción con la propia vida es lo que, en el fondo, todos perseguimos; inquietos vamos buscándola, pero nos reconocemos irremediabilmente insatisfechos. No se da la felicidad del alma sino el llanto de la misma. Entonces la vida se vuelve un suplicio, como el que la mitología atribuía a Tántalo que, castigado por divulgar entre los mortales los misterios de los cultos a los dioses, sufría el peor de los suplicios: no poder coger aquello que deseaba. O el de Monsieur Rimbaud, quien corrió tras una felicidad nunca alcanzada.

*«J'ai fait la magique étude
Du bonheur, qu'aucun n'élude?»*

Con palabras que apagaban mi esperanza, recuerdo que Franklin Anaya comentó un ingenuo verso mío: «Juan Javier sueña como todos los niños, con ser una abeja engolfada en la dulce miel. Que se cumpla pues su sueño aunque la vida es un dramático ensayo a cuya solución jamás se llega; quizás por ello Goethe, en sus reveladoras conversaciones con su biógrafo Eckermann, le confió: *Me han pintado siempre como a un hombre extraordinariamente favorecido por la suerte, y no quiero quejarme ni maldecir del sino de mi vida. Pero es cierto que, en el fondo, esta vida mía no ha sido otra cosa que fatiga y trabajo, y puedo asegurar que en los sesenta y cinco años que llevo en este mundo, apenas si habré disfrutado cuatro semanas de una dicha que merezca ese nombre*». El comentario lo originó un hombre que tiene un corazón tierno con los niños; como la frase de

Juan Javier del Granado (1965-)

Cristo, es la de Anaya, «ἄφετε τὰ παιδία, καὶ μὴ κολύετε αὐτὰ ἐλθεῖν πρὸς με». Mt 19 14. ¿Por qué pintaría Anaya la vida, para los ojos de un niño, con tintas oscurecidas por su pesimismo? Llamen la atención los oscuros colores de su paleta. Nunca olvidé sus palabras, y por eso ahora en mi juventud, esa juventud necesitada de palabras contundentes, retomo el hilo de mi pensamiento al recordar aquel comentario. Un joven debe oponerse a tal desesperanza; más aun, rebelarse contra ella y encontrar un tesoro tanpreciado. «*Quid datur a diuis felici optatius hora?*»

En nuestras vidas hay tan pocos crepúsculos luminosos y tan pocas noches tenebrosas. La vida transcurre. Sucede, es. Si bien no existe la dulzura suprema, tampoco existe la amargura absoluta y, entre una y otra entelequia, existe la felicidad posible; ésta es nuestro objetivo y su obtención, siempre fugaz, depende centralmente de nosotros. A pesar de todo, la condición más rara, valiosa y al mismo tiempo, menos comprendida del hombre, es asequible. Algunos consideran haberla alcanzado y conservarla, otros dicen haberla vivido y luego perdido.

Un joven debe mantener el optimismo de pensar que se puede ser optimista, y resulta discordante tener que escuchar el sentimiento trágico de la vida de boca de quien fue propenso a ver el aspecto favorable de las cosas. Nada podría estar más alejado del acento optimista de Johann Wolfgang von Goethe. Pienso esto a despecho de una construcción imaginaria o *Denkexperiment* de José Ortega y Gasset, quien se preguntó cómo hubiese sido el poeta alemán si no hubiese *genoss ein geschütztes Leben in Weimar*. Pero ocurre que a veces el optimismo marcha por sobre la dura realidad del camino y termina siendo polvo del mismo. Ante la complejidad que supone el presente, Anaya podría haber recurrido al antídoto para los momentos de euforia, gravitando hacia la esfera de renunciación de Arthur Schopenhauer. Es difícil prestar

Flor de Granada y Granada

oídos sordos a su sesudo razonamiento, pero aun el filósofo del pesimismo se manifestó esperanzado por una promesa de redención a través de la vivencia del arte, como modo de escapar al dolor inherente a la vida. Y es que el arte mantiene el latido de su sentido; un latido en que la criatura se adentra y, a la vez, se entrega a su semejante, y al hacerlo, encuentra la razón de su esencia y el camino de su trascendencia. ¡Qué amoroso desasosiego el de revivir así la vida mas allá de la muerte! Al cumplir los treinta y tres años (la edad de Cristo menos un mes), Goethe tuvo una clara percepción de por qué reconocemos con más fuerza la agonía en nuestras vidas. Los más gratos momentos de goce, de disfrute, de diversión, de distracción, de triunfo, de armonía, de belleza, de convivio, de aventura, de éxtasis, de locura, son las experiencias que más satisfacción dan; se viven y colman nuestras exigencias, pero al vivirlos nos tienen absolutamente sin cuidado y quedan menos impresos en la memoria. Al reflexionar sobre la vida propia, los agradables desvelos se olvidan. Goethe comprendía lo que es una parte esencial de la experiencia óptima: el correr por tales momentos sin estar consciente de uno mismo, *«in allen angenehmen und guten Guständen verliert die Seele das Bewußtsein ihrer selbst»*. Recuerdo que en la singular novela de ciencia ficción sobre el tiempo SLAUGHTERHOUSE FIVE, de Kurt Vonnegut, llegando al final se nos presenta la fórmula de cómo ser feliz para toda la eternidad:

«concentrate on the good times and ignore the bad». Lo que nos quiere decir es que hay igual cantidad de los peores y más gratos momentos vividos, pero que está en nosotros decidir a cuáles les daremos fuerza y valor en el momento en que llegan y luego en la memoria cuando los recordamos. ¿Para qué seguir penando por lo trágico que pasó cuando podemos sonreír repasando lo que nos gustó?

El concepto de la felicidad, sobre el que se construye este arranque de milenio, hunde sus cimientos en la filosofía/filología greco-romanas y en la teocracia/teología

Juan Javier del Granado (1965-)

egipcio-judeo-cristianas, pasando por el tamiz del primor humanista del Renacimiento y la pirotecnia del Barroco, para fundirse en el crisol de la Ilustración. Entre los estoicos joviales como Diógenes, buscar la felicidad desesperadamente consistía en no estar a su espera. Dimitir de la expectativa de su llegada. De esa manera, el placer, cuando arribaba, se derramaba con milagrosa prodigalidad y no se ponderaba como una escasa ración respecto a lo pedido. Felicidad es también palabra larga y de historia enrevesada: los latinos llamaban *Felix* al hombre afortunado, al tocado por la buena suerte, pero el hombre feliz era *Beatus*, hasta que el cristianismo atrapó el término y le atribuyó un significado.

Le bonheur n'est jamais tout a fait lui-même s'il ne s'accompagne pas de quelque sentiment mortifère. De ahí que en la ascética cristiana se hable de la mortificación —hacer muerte, etimológicamente— como medio de aligerar el peso del cuerpo y del espíritu para un vuelo del alma. El penitente cristiano sometía su cuerpo a duros castigos, del ayuno prolongado hasta la crucifixión, pasando por la búsqueda de la pobreza, la incomodidad, la humillación o el enclaustramiento. La flagelación y laceración llegaban a estados extremos en donde se aunaban los golpes de dolor y un éxtasis divino. Y así, el cristianismo no podía gozar sino en las lágrimas gozosas que regaban la noche oscura por la que los santos-poetas, envueltos en su aureola de luz mística, en algún momento se consideraron heréticos, porque enfatizaban el mismo principio del conocimiento directo de Dios. El aquí de este mundo estaba desacreditado como lugar idóneo para el placer venidero, y las gratificaciones de la existencia terrena eran, en consecuencia, triviales. Lo coherente, de acuerdo con las predicaciones de los primitivos cristianos, era acumular motivos para sollozar, siendo este paraje un proverbial valle de lágrimas. El gozo y la alegría sobrevendrían después, en

Flor de Granada y Granada

un más allá donde se esperaba como recompensa el soleado reino de Dios.

El librepensamiento irrumpió en la historia con una idea tomada descaradamente del humanismo cristiano: la promesa de felicidad dirigida a la humanidad entera, que habría de cumplirse no ya en un paraíso eutrapélico, sino en los reales confines de esta tierra. Ciertamente, toda auténtica visión eudemonológica privilegia lo espiritual sobre lo corporal; pero privilegiar no es negar la realidad de las necesidades materiales. Jeremy Bentham, el padre del utilitarismo, pedía promover «*The greatest amount of happiness for the greatest number of people*», palabras que son un eco de las del reformador Cesare Beccaria, «*la massima felicità divisa nel maggior numero*», que a su vez traen causa *au matérialisme des Lumières* y continúan hasta encontrar su mejor expresión en el fundamento teórico de toda intervención legislativa o gubernamental dedicada a incrementar el bienestar colectivo. Incidentalmente, al parecer el racionalista Bentham fue sacrificado en el altar de la mayor felicidad para el mayor número de personas; como Polinices, en unas circunstancias espeluznantes, no recibió sepultura; su cabeza permanece conservada en formol en un claustro del University College, London, al que fue donada con la intención de que sirviera para la docencia.

Ahora, no obstante, cuando esas utopías se han desvanecido, cuando el progreso ya no es una concepción abstracta, la felicidad se hace un apremio. No un derecho a conquistar, sino un deber a cumplir sin demora. Nunca como hoy se había vivido una atmósfera tan compulsiva para ser feliz, pasarlo bien, habitar confortablemente, sentirse pletórico y gozoso. En la Era de Acuario, el mensaje cambia, y son incontables, por todos los medios de difusión, las invitaciones a apurar los deleites y bellezas de la vida. Desde los imperativos publicitarios a las ofertas de psicofármacos, desde la generalización del espíritu lúdico a

Juan Javier del Granado (1965-)

la extensión del género de comedia como forma hegemónica de comunicación, no ser feliz es el auténtico pecado de hoy.

El sufrimiento actual no es ya el mero sufrimiento sino el sufrimiento específico de no ser plenamente feliz. La enfermedad posmoderna no es padecer el mal sino la patología de no encontrarse bien o, como insignia máxima, estar deprimido. Hartos de ahondar en las raíces de la ansiedad, los psicólogos se han concentrado en mejorar la calidad de vida. Cada día más estudios demuestran que las personas nacen con un nivel fijo de felicidad que, en líneas generales, mantendrán a lo largo de su vida. Y lo más reciente que se ha aprendido sobre el tema de la felicidad es que el primer paso hacia esa elusiva meta es tener una actitud sana y una sana intención de ser feliz sobre todo y a pesar de todas las cosas. El deber es encontrarse bien y en forma, estar radiante, sano, optimista y alegre. Ya no hay medias tintas en este mundo. No existe el mínimo epicureismo, una dicha que cualquiera puede verla como suya; ni es dable creer en el regocijo por los detalles o en la alegría de hacer el mundo en lo cotidiano. Todo es más basto, directo y sin tapujos.

El profesor de la Universidad de Chicago Mihaly Csikszentmihalyi, adalid de la psicología positiva que supera los límites de la patología, afirma haber encontrado la fórmula de la felicidad; nos la ofrece en FLOW, THE PSYCHOLOGY OF OPTIMAL EXPERIENCE. Existe un vínculo olvidado e intacto entre la felicidad y la repetición de las cosas que producen placer. Ahora bien, debemos recordar que no son lo mismo el hedonismo o el eudemonismo; tiene razón al respecto el filósofo del liceo. Aristóteles estima que la felicidad es un fin en sí mismo, y distingue la felicidad del placer. Y Csikszentmihalyi hace una nueva matización, entre el placer y el deleite. Nos deleitamos con una actividad siempre que ésta, por falta o por exceso del reto, no resultase particularmente frustrante o aburrida. Por consiguiente, el reto de la actividad debe estar acorde al

Flor de Granada y Granada

nivel de aptitud del individuo. Ante todo, Csikszentmihalyi subraya que el deleite es un mecanismo psicológico claro de autoalimentación —ramificación de ese cruel proceso darwiniano de la lucha por la vida— que induce a perfeccionar las artes al mono que se hace hombre con todas sus consecuencias y no sabe bien qué ha de hacer a partir de ese momento. Su desconcierto —mezcla de azoro y asombro— consiste en que puede acercarse a lo divino y hasta llegar a emular a Dios. «*Deum te igitur scito esse, si quidem est deus, qui viget, qui sentit, qui meminit, qui providet, qui tam regit et moderatur et movet id corpus, cui praepositus est, quam hunc mundum ille princeps deus*». Y de aquí nace un problema teológico de envergadura: si Dios creo al hombre a su imagen y semejanza, y el mono se parece tanto al hombre, habrá que colegir que Dios y el mono se parecen mucho más de lo aconsejable. Y de aquí nace la gran tragedia humana: el hombre es un animal divino, pero también poderosamente intuitivo, inteligente, sensible, travieso y juguetón, que no tiene otra cosa mejor que hacer monerías. Tal y como viene explicado por Csikszentmihalyi, una actividad que produzca el deleite debe permitir a la persona evaluar su aptitud de resolver el reto. Por ejemplo, los juegos por ordenador —que suelen desatar un auténtico furor entre gran cantidad de niños y de adolescentes, pero también muchos mayores— gradúan el nivel de su dificultad y marcan el puntaje que éstos logran en el juego, lo cual les permite alcanzar nuevos retos y seguir mejorando el nivel de aptitud.

¿Y por qué es aconsejable deleitarse en la vida? Aristóteles analiza el porqué del deleite; pero como no distingue entre el deleite y el placer, parece estar aconsejando un hedonismo desaforado, al que tampoco alaba. Es aquello del aprender deleitándose que subraya Csikszentmihalyi: al deleitarnos con una actividad la desempeñamos con mayor discernimiento y esmero, «*μᾶλλον... ἕκαστα κρίνουσι καὶ ἐξακριβοῦσιν οἱ μεθ' ἡδονῆς*

Juan Javier del Granado (1965-)

ἐνεργούντες». De forma que el deleite de una actividad no implica necesariamente el placer en ella. Csikszentmihalyi se opone a un epicureísmo degradado que entiende la felicidad como una ausencia de contratiempos y preocupaciones. Como señaló Lucio Anneo Séneca, lo que deseamos muchas veces exige dolor, «*quædem vero honestissima sed aspera, per dolores exigenda*». Podemos deleitarnos en la lucha de Miguel de Unamuno, como lo hace el apóstol de los gentiles, quien había sido implacable perseguidor de cristianos hasta que se le apareció la luz del misterio de Cristo derribándole de su montura cuando iba camino de Damasco y, a partir de ese momento, se obsesionó por romper la tradición de un Mesías exclusivo para los judíos, «*Νῦν χαίρω ἐν τοῖς παθήμασιν ὑπερ ὑμῶν καὶ ἀνταναπληρῶ τὰ ὑστερήματα τῶν θλίψεων τοῦ Χριστοῦ*». Col 1 24. Aquí no se aprecia la búsqueda del placer de acuerdo con un modelo de vida consumista. A lo largo de la vida, la incesante lucha se centra, más bien, en la construcción de los más preciados valores del espíritu; realmente, los primitivos cristianos no se habían equivocado. Csikszentmihalyi sostiene que al concentrarnos en el deleite de una actividad es cuando cimentamos y edificamos aquello que vale. ¿Acaso no es ésa la forma en que construimos la felicidad como el fin último de la vida? La felicidad en verdad no está al final, sino a lo largo del camino mismo. Es precisamente en el trayecto, sobre la marcha y andando, que se encuentra el bienestar. Pero no como un modo permanente de ser y sentir, sino como una serie de pausas sobre la marcha y en la lucha con que enfrentamos la caminata; en cómo aceptamos las piedras y los hoyos del camino, sin desear que sea distinto, porque no lo es.

Si definimos la felicidad como la construcción de aquello que tiene valor, tiene pertinencia ἡ εὐδαιμονία entendida como una compleja conjunción de actividad y estado a consolidar durante la vida; o cuando menos, como

Flor de Granada y Granada

punto de partida para su reconsideración crítica y su eventual actualización. Lo que valen nuestro dolor y nuestra pena lo juzgamos con la escala de valores que ponemos en orden a través la vida; escala que a mediana edad frecuentemente reexaminamos; como lo hace Dante Alighieri. Así la COMMEDIA tiene su origen, según Csikszentmihalyi, en la característica crisis de la mediana edad:

*«Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura,
che la diritta via era smarrita...»*

Tant' é amara che poco é piú morte:...»

palabras que retratan una profunda sima de dolor en la vida del poeta, y que ubican la obra como producto de un intenso cuadro psicológico interior. Dante había nacido en el año 1265, y la COMMEDIA se sitúa en el 1300, es decir, cuando su autor frisaba los 35 años, exactamente la mitad de una vida según las palabras del Salmista, «ימי שנורתינו בהם שבעים שנה» Sal 90 10.

La COMMEDIA es el deslumbrante cuadro de la escala de valores del poeta en su madurez. Para construir la felicidad propia, debemos establecer lo que vale y perseguirlo incansablemente. Csikszentmihalyi destaca la actitud activa hacia el logro de los fines que nos proponemos. Y subraya la importancia del estoicismo al escoger los valores. Es decir, hay que tener y poner en marcha algún proyecto de vida. Todo proyecto de vida debe ser personal, elaborado según nuestras preferencias y dentro de las posibilidades realistas que se pueden barajar. Para sustentar este proyecto de vida consideramos que es necesario alimentarnos espiritualmente con el MANUAL de Epicteto; como lo hace Francisco de Quevedo y Villegas:

*«Todas las veces que a cualquiera cosa
te inclines y aficiones,
porque no se malogren tus acciones,
debes llegarte a ellas*

Juan Javier del Granado (1965-)

no con tibieza o ánimo dudoso,
sino con un intento generoso,
libre y determinado,
o ya de despreciarlas reportado,
o ya de diferirlas
si ni puedes ni debes conseguirlas».

Si nuestras labores diarias nos entristecen, lo más probable es que hayan sido tareas que nosotros nos impusimos por descuido, tontería, vanidad o debilidad. Por ello, nuestras tareas y actividades diarias deben ser compatibles con nuestro plan de vida, con todo aquello que consideramos nuestro y, por lo tanto, auténtico. No es posible vivir sin reír, sin reposar, sin alimentarse, sin admirar todo lo bello que el mundo nos ofrece, sin gozar de los demás. Y si además de tener un proyecto por el que luchamos, vivimos con deleite, tendremos más posibilidades de encontrar parcelas de felicidad a lo largo de nuestra existencia.

¿Y la fortuna tiene dominio de la felicidad? San Juan Crisóstomo nos hace ver que es agraviado sólo quien se agravia a sí mismo. Aprovechemos para leer y releer a Platón: los males que corrompen al cuerpo no arruinan al alma, a menos que causen que el alma se torne inicua e impía, «*ἀδίκωτέρα καὶ ἀνοσιωτέρα*». De esta forma, Crisóstomo sugiere que la pureza y la serenidad del alma existe en el dominio propio, idea que halla un eco en la frase que Benedicto Espinoza escribiera un milenio y pico después. La felicidad reside en lo siguiente: que el hombre pueda conservar su propio ser. Es aquí donde se encuentra la justicia divina, y no en otro aspecto. La misión de justicia que comporta el Derecho se cifra en *suum cuique tribuere*, en dar a cada uno lo suyo. Y lo mejor, lo más radicalmente suyo de cada hombre, es su yo, su alma.

El hombre de hoy se pliega con frecuencia ante el monismo materialista; el dualismo cartesiano entre el cuerpo y el alma asigna, en cambio, al alma la facultad humana de movimiento: el hálito vital que mueve al cuerpo.

Flor de Granada y Granada

Dentro de la dirección del pensamiento platónico entraba incluso la interpretación de esta facultad de movimiento como un gobierno del alma sobre el cuerpo. Pero de la soledad agustiniana, de la intensa pugna dentro del alma misma, nada se sabe, pues el combate entablado no es entre razón y pasión, entre dos facultades humanas diferentes, sino que es un conflicto en el interior de la voluntad misma. A la par del monoteísmo religioso, es de destacar un monoteísmo espiritual, y una herencia poderosa de la fe, quizá la más sustancial que hemos de mantener vigente, es que los primitivos cristianos hayan reconocido que somos seres humanos y hay que ser comprensivo con la debilidad humana que se debe a las flaquezas de la voluntad antes que a un extravío de las convicciones.

El hombre es autónomo, o debería serlo; no un perro con una cadena al cuello de la que alguien tira y afloja. Y ha de enfrentarse a las ilimitadas posibilidades de la vida personal. En la vida se encuentra ante el dilema de propiciar la construcción de la felicidad propia, de realizar el proyecto del yo mejor de cada persona. *Die Freiheit ist nicht nur ein abstrakter Begriff, sondern eine Praxis des Lebens*. Entra en juego entonces la discutible conveniencia de someterse a las convenciones sociales, de la constitución de una esfera de heteronomía como contenido permanente de la vida en sociedad. Quien quiere reencontrarse con la fuerza irreductible del individuo, *mit seiner Übermensch-Perspektive* y su modelo donjuanesco, concibe a la fuerza como una competencia brutal, feroz que ante la fatalidad que se abate sobre uno procura sacar lo mejor aunque, como dice Homero, el viento arranca, una a una, sus hojas; la alegría alcanza así la categoría de pertinaz desenfreno. Nosotros queremos concebirla de otra manera: la alegría de los pobres se eleva a la categoría de autentica felicidad en un entorno de principios compartidos, que le dan sentido a nuestra vida, orientados hacia los valores humanos más profundos, capaces de sembrar la tolerancia y la paz en

Juan Javier del Granado (1965-)

medio de las intolerancias y los enconos ciegos que se respiran en tantos ambientes. Piedad es respeto del hombre, del individuo. Vaya por delante que con la dignidad humana se pasa de una mentalidad pasiva a una mentalidad activa, de una mentalidad conservadora a una mentalidad emprendedora, de una mentalidad conformista a una mentalidad reformista, de una mentalidad resignada a una mentalidad ilusionada, de una mentalidad pesimista a una mentalidad optimista. No hay destino fatal, sino futuro abierto de par en par, esfuerzo personal y libertad. Desde un punto objetivo, habrá que considerar las reglas obligatorias de la conducta tal y como existen en los diferentes grupos sociales. Desde un punto subjetivo, los postulados religiosos que, en conjunto, dan una cosmovisión (*unsere Weltanschauung, in dieses Wortes ursprünglicher Bedeutung*). Y no nos quepa duda de que las convenciones sociales no sólo son vías para el enriquecimiento de la propia vida espiritual sino, especialmente, guías y estímulos inexcusables para la práctica diaria. La Regla de Oro contiene toda la sabiduría de la conducta; consultemos la VULGATA, la traducción de las Sagradas Escrituras del griego al latín de san Jerónimo: «*Omnia ergo quaecumque vultis ut faciant vobis hominis, et vos facite illis. Hæc est enim Lex et Prophetæ*». Mt 7 12. Por su parte, el escritor bilbaíno parafrasea al filósofo de Koenigsburgo: «Debemos considerar a nuestros prójimos, a los demás hombres, no como medios, sino como fines». Sin embargo, la filosofía racional no es capaz de inspirarnos y motivarnos a diario, ni es fuente de consuelo porque no da descanso en el Más Allá. La filosofía racional (*sogar mit einem praktischen Imperativ*) está demasiado alejada de los ardorosos impulsos del corazón que mueven al hombre para servirle de guía, como el más piadoso de los ateos expresa en un poema, escrito a pesar da agonía que pesava sobre sua existencia durante una temporada feliz en su vida. El poema originalmente tuvo el título de PÁJARO-LIBRE.

Flor de Granada y Granada

*«Vernunft! Verdießliches Geschäfte!
Das bringt uns allzubald ans Ziel!
Im Fliegen lernt' ich, was mich äffte, —
Schon fühl' ich Mut und Blut und Säfte
Zu neuen Leben, neuen Spiel».*

Así, la filosofía racional no es una guía para caminar en pos de la felicidad, y menos aun el objetivo en sí mismo, ni es finalidad que debe regir nuestras actividades. Tomando de Boecio la metáfora de las aves y su naturaleza de libertad,

*«Sparsus pedibus proterit escas,
Siluas tantum mæsta requerit,
Siluas dulci voce susurrat»,*

Dante recuerda la imagen de las palomas, estableciendo un símil con los individuos, que sólo han de encontrar una felicidad transitoria a través de la filosofía. Estas formidables aves voladores, capaces de surcar los cielos, cuando escuchan la canción filosófica de Casella —*Amor che ne la mente mi ragiona*— abandonan el deleite subitamente,

*«Come quando, cogliendo biado o loglio,
li colombi adunati a la pastura,
queti, sanza mostrar l'usato orgoglio,
Se cosa appare ond' elli abbian paura,
subitamente lasciano star l'esca,
perch' assaliti son da maggior cura».*

Descartada la filosofía racional como guía, volvemos a las Sagradas Escrituras en pos del pensamiento cristiano (otros lo harán con los rollos de la Torah o los versículos del Corán). Y lejos del pájaro dionisiaco de Nietzsche, san Agustín nos exhorta buscar a Dios infatigablemente, *«ut eum quæramus, ut eum pulso omni fastidio sitiamus».*

Repensando a Jorge Santayana, resulta más sensato, en términos existenciales, San Cipriano de Antioquía de la pluma de Pedro Calderón de la Barca, que el goetiano doctor Fausto,

«...rendido y resuelto

Juan Javier del Granado (1965-)

a padecer dos mil muertes
estoy, porque a saber llego
que sin el gran Dios que busco,
que adoro y que reverencio,
las humanas glorias son
polvo, humo, ceniza y viento».

sensatez misma con la que, desde una postura racionalista, Blas Pascal nos aconseja, «*Écoutez Dieu*». Pascal, convencido de que la fe religiosa era una gracia divina no alcanzable por la simple razón, consideraba, sin embargo, poco racionales a los ateos que se conducían como si Dios no existiera. El filósofo francés, que entre otras contribuciones matemáticas fundó la teoría de la probabilidad, padecía del librepensamiento que desde la Ilustración condujo a la radicalización de las bases en las ciencias naturales y morales. Y cuando llegó el vendaval de la revisión del concepto de histórico del que no se salvaron ni las Sagradas Escrituras, el Rey de los reyes de reyes se quedó desnudo, dando razón al ilustrado negrero. Imaginemos un Francisco María Arouet feliz. Porque si bien es cierto que casi siempre se nos muestra rebosante de jocunda expansión por la vida, en su risa sardónica a menudo hay un desengaño, y en sus saltos al vacío, hay algo así como la añoranza infinita del trapecista de circo. Nacida de esta manera, la separación entre la fe y el entendimiento originó daños irreparables a la religión. Los imperativos éticos racionalistas de la época eclipsaron parcialmente el mensaje humanísimo de Cristo *auf der menschlichen Person als Achse des Weltalls* e inclinaron el eje de la fe hacia el dualismo del Bien y del Mal de Zaratustra. Con un espíritu a la par sardónico, Pascal también se esforzó por hacer piruetas y gestos de circo: se opuso tenazmente no sólo a las tranquilizadoras excusas del casuismo jesuítico, sino a toda casuística, llevando su lógica hasta las últimas consecuencias, despreciando sentimientos, circunstancias y convicciones íntimas del caso, situaciones límite en aras de

Flor de Granada y Granada

una ética fanática que condujo a uno de los periodos más sombríos de la deshumanizada historia de lo inhumano.

Lejos de reducir lo religioso a la pesadilla que ofuscaba a Voltaire o a la angustia nocturna que perturbaba el goce íntimo del sueño de Pascal, encarnarse, el hacerse Dios hombre, implica asumir toda la realidad nuestra menos el pecado (ΣΩ es un término empleado en arquería, porque Dios no yerra el blanco) pero sí sus consecuencias, creer y no ver resultados, sentirse rechazado y aun así amar, luchar y hasta agonizar. A fuerza de buscar y rebuscar el goce de Dios, absorbiéndonos en su plenitud creadora, haciéndonos parte de Él y Él uno de nosotros, nos enfrentamos a los grandes retos de cualquier imposición o dictado que nos impida el paso de una moral heterónoma (externa e impuesta) a otra autónoma (propia) que es la que realmente dignifica al ser humano. Dionisio, uno de los más significativos dioses menores, a diferencia de los mayores que pueblan ese fastuoso Olimpo y que son indiferentes a las acciones de los hombres, experimenta una solidaridad con el destino humano. El dionisismo se funda sobre una participación entre el hombre mortal y un dios muerto y resucitado, un complejo misterio que nos lleva del profundo pesimismo social a un optimismo místico. Su decadencia orgiástica (los griegos, en general, nunca combinaron piedad con sobriedad, y se le representaba con el falo en erección) importa exprimir cada instante como si fuera el último. Ese es el reto. Valora la preciosidad de cada momento (muchos romanos hicieron suyo el *carpe diem* de las odas de Horacio). Quien vive ahora un día feliz, dilata la pena pero no se escapa de ella; no se sustrae de pensar en el eterno retorno de lo mismo, convencido de que eso ya lo ha vivido, ni de la torrencial discordancia frente a un destino inapelable. Pero la revelación de Cristo, un hombre tremendamente humano —*Allzumenschliches, wie es Herr Nietzsche zu sagen pflegte*— procede, en último análisis, del Dios único, Creador de todas las cosas. *Das Christsein*

Juan Javier del Granado (1965-)

beginne nicht mit einem kategorischen Imperativ, sondern mit einem kategorischen Indikativ: Du bist von Gott geliebt.

De la doble moral del vegetariano Pitágoras, que prohibía comer habas por su parecido con las nalgas femeninas, san Agustín elaboró un orden de hábitos y costumbres reacio a las necesidades del cuerpo. Cristo no fue un triste asceta, ni dejó de disfrutar lo que estaba a su alrededor; sintió todos los afectos humanos y se gozó con ellos. Somos seres de carne y hueso, no espantapájaros de todo placer. Entonces, ¿no debemos redescubrir el jardín terrenal en el cual vivimos por la obra redentora del nuevo Adán y fomentar el disfrute para todos sin exclusión?

La transformación en Cristo (Mesías en griego), que no es otra cosa sino un cohabitar en un medio divino en el que existe plena conciencia de lo humano, precisa de una comunión con los hombres: con el prójimo en cuanto al otro. El otro que no es necesariamente la clásica percha de una caridad hipócritamente ejercida como tapadera de la injusticia. Un otro que no es obligadamente el miserable, el indigente, el menesteroso o el enfermo —si bien muchas veces puede serlo— La otredad consiste en todo el que vive en un universo cerrado al nuestro, aparentemente extraño; sin cara pero con el rostro profundamente humano. ¿No sería bueno aplicar en nuestras vidas lo del «*Homo sum: humani nihil a me alienum puto*»? ¿No sería bueno el insistir en abrir esos compartimientos extraños, ajenos, en los que se ha determinado dividir a los hombres y al mundo: primer mundo, segundo mundo... y parece que todavía hay un cuarto, y quién sabe cuántos más?

En un mundo plural y poroso, la felicidad depende en gran medida de la capacidad que tenemos de hacer feliz al prójimo. Y la globalización tiene un potencial único, en el arranque de milenio, para crear oportunidades de mejorar la condición humana; es la vía *fast track* para la intercomunicación de mundos excluyentes, a través de los hombres que se encuentran frente a frente, como sujetos de

Flor de Granada y Granada

rostro y corazón, únicos e irrepetibles. Todos estos desarrollos pueden contribuir enormemente a la reducción de la pobreza si nos aseguramos de preservar, a toda costa y por encima de cualquier interés egoísta, la seguridad jurídica de quienes entregan el único patrimonio originario y auténticamente suyo: su iniciativa y su fuerza de trabajo, sin regateos.

¿El trabajo hace la felicidad en la vida? El guía que conduce a Dante a través del infierno es Publio Virgilio Marón, cuyas GEÓRGICAS según el ilustrado y monje benedictino Benito Jerónimo Feijoo constituían un poema didáctico sobre la agricultura. Al campo siempre lo ha descrito la gente citadina y no han dicho más que cursilerías. Para nosotros, este poema en un lenguaje cifrado es, más bien, una celebración de los valores profundos y eternos del trabajo donde,

«labor omnia uicit

improbis et duris urgens in rebus egestas»;

en traducción de fray Luis de León,

«...el contino

trabajo pertinaz, y la apretada
falta, que en lo preciso no reposa,
todo lo sobrepuja»;

el trabajo, al igual que el amor, vence todo; incluso al temible Hado, que Virgilio caracteriza como aquella corriente capaz de hundir al hombre,

«sic omnia fatis

*in peius ruere ac retro sublapsa referri,
non aliter, quam qui aduerso vix flumine lembum
remigiis subigit, si brachia forte remisit,
atque illum in præceps pronò rapit aueus amni»;*

«que así por ley en todo lo criado

descae y vuelve atrás el ser liviano,
y viene empeorándose contino
a estado menos bueno, y menos dino.

No de otra forma y modo que acontece

Juan Javier del Granado (1965-)

al que con remo y fuerza apenas lleva
el barco l'agua arriba, si enflaquece,
y si de cuanto puede no hace prueba,
si acaso el brazo afloxa y desfallece;
ya la raudal corriente se le lleva
al punto en pos de sí arrebatado,
y como cuesta abajo despeñado».

El mismo terreno cultivado por un hombre para satisfacer necesidades provee oportunidades de logro, de autorrealización, y de ejercer la iniciativa. La forma como el hombre se ve a sí mismo y se relaciona con la naturaleza se modula en gran medida en el trabajo. Conforme un hombre se relaciona con otros hombres, crea una historia y crece la autoconciencia de su dignidad y destino.

Mas, como dice Csikszentmihalyi, con el trabajo diario, con los deseos de superación, con la urgencia de alcanzar las metas que uno se ha propuesto, se cultivan las artes y en el mundo se desarrollan la ciencia y la tecnología. En el poema de Virgilio, en la anterior edad saturnal,

«ipsaque tellus

omnia liberius nullo poscente ferebat»;

«la tierra daba fruto no pedido»;

pero Diespiter cambia el mundo del hombre,

«ut varias usus meditando extunderet artis»;

«para que imaginando el uso hiciese

las artes poco á poco, y las puliese».

Lo que está claro es que nuestro objetivo consiste en ser felices y debemos ser pugnases porque se tiene que ser constante y seguir hacia delante paso a paso. Incluso, esto cuenta más que el poder absoluto de un monarca, a quien iguala en sus esfuerzos, el trabajador de Tarento:

«regum æquabat opes animis»;

en traducción de Ramón de Síscar,

«...igualaba en bríos,

la pujanza de un rey».

Flor de Granada y Granada

Paradójicamente, Sigmund Freud pensaba (sin firmeza) que el trabajo es un camino hacia la felicidad sólo para algunos afortunados, como sabios y artistas. *«Die Schwäche dieser Methode liegt aber darin, daß sie nicht allgemein verwendbar, nur wenigen Menschen zugänglich ist. Sie setzt besondere, im wirksamen Ausmaß nicht gerade häufige Anlagen und Begabungen voraus»*. El mérito de Csikszentmihalyi es darse cuenta de que el trabajo es un atributo universal y que, al deleitarnos en éste, hacemos la felicidad en la vida. Y como afirma Anaya, «La voluntad y la alegría para el trabajo es ingrediente fundamental para la dicha», y prosigue: «El inefable Shaw dice que hay que ser *una fuerza de la naturaleza, en vez de un montoncito de achaques y motivos de queja*. Sí. Una fuerza de la naturaleza, un espíritu en marcha capaz de construir con paciente trabajo ese palacio encantado que se llama la felicidad». O como las abejas de mi infancia que pueden ser las mismas que observó Virgilio,

*«cælumque æstiva luce recludit,
illæ continuo saltus silvasque peragrant
purpureosque metunt flores et flumina libant
suma leues. hinc nescio qua dulcedine lætæ
progeniem nidosque fouent, hinc arte recentis
excudent ceras et mella tenacia fingunt»;*

en traducción del poeta novohispano Juan de Guzmán:

«Y ha aclarado con su luz el aire,
al punto por los bosques y montañas
vuelan y cogen las purpúreas flores,
y encima de los aires revolando
gustan de las corrientes de las aguas.

Después desto no sé con cual dulzura
alegres crían su casta y hacen nidos:
y destas flores con gran artificio
unas ceras fresquísimas componen,
y pegajosas mieles allí forman».

Juan Javier del Granado (1965-)

El treball és la forma d'energia més pura que existeix en les nostres vides. Por más que los dioses o el lado oscuro e inmisericorde de Dios que lo acompaña en sus hazañas —la Tiamat de los babilonios y la Ashera de los cananeos, reducidas por el monoteísmo bíblico a una inocua serpiente enroscada en el árbol del Bien y del Mal— piensen infligir un suplicio, la insaciabilidad inherente a los deleites, al activarnos, nos posibilita alcanzar la felicidad. Se hace evidente que la justicia de los hombres y la justicia divina van por diferentes caminos. Las penalidades humanas no son un claro y justo castigo a una conducta con posibilidad de redención, sino infortunios y desdichas que no admiten otra resolución —aquí, debajo del Cielo y las Esferas— que la arbitrariedad indiferente de la rueda de la fortuna (*di quegli eterni corsi e ricorsi*) o del siempre adverso juego de lotería. Los inescrutables caminos de Dios son, en cambio, los cimientos endebles de la vida. Así, José Gabriel y Galán exulta:

«tornóse en ley fecunda
el rayo vengador de tus agravios.

Si de acres amarguras
extraen las abejas mieles puras,
cómo Tú no sacar de tu justicia
paternales ternuras...

Fecundo hiciste al mundo,
feliz nos lo entregó tu amor profundo,
y cuando el crimen tu rigor atrajo,
nuevamente fecundo,
si no feliz, nos lo tornó el trabajo...

Y gloria a ti, ¡oh fecundo
sol del trabajo, alegrador del mundo!
Sin ofensa a Dios, que fue el primero,
tu el creador segundo
bien te puedes llamar del mundo entero».

Amemos entonces nuestro trabajo y a las personas que nos rodean. Trabajemos con alegría y con la firme

Flor de Granada y Granada

determinación de dar lo mejor de uno mismo. Nada es posible sin trabajo, y sin la confianza de saber que nuestros actos siguen un camino y un fin. No dejemos nunca de lado la fe *qui arrête la chute sans fin vers le nihilisme dans laquelle semble désormais engagée l'humanité tout entière*. Tengamos paciencia y confianza en que lo que deseamos se nos cumplirá un día, en alguna forma, en algún lugar. Y por lo pronto, no desperdiciemos las oportunidades de vivir plenamente el don de la existencia.

¿Y qué decir del método que hemos utilizado? Hemos reconstruido los principales acápites del pensamiento humano, tomando testimonios según el origen de su legado y conjuntándolos en el decurso del tiempo ¡para llegar a una hipótesis feliz! Tal como la abeja constante, que revolotea por los vergeles con su miríada de flores silvestres, libando el delicioso néctar del pensamiento.